





# Papás modelo 2006

Texto: Constanza Gechter  
Fotos: Rosario Lanusse / Jorge Mensegué

Hombres y mujeres que comparten la paternidad y las tareas domésticas. Mujeres que trabajan y padres más presentes, que se animan a cumplir un rol distinto y otorgan otro lugar a lo emotivo en la relación con sus hijos. En el mes del padre, los nuevos papás.

Una generación atrás nos hubiera costado mucho encontrar candidatos para realizar esta nota. Hoy, tuvimos que elegirlos. Padres que participan del universo de tareas del hogar, que cambian a sus hijos por la mañana para llevarlos al colegio, que van al supermercado, que no le hacen asco a un pañal sucio, que se sientan con sus hijos y la tarea escolar, y que hacen la adaptación en el jardín de infantes -entre miles de otras responsabilidades- no son hoy una especie rara. Claro que, aunque hay quienes siguen atados al modelo tradicional, muchos están cambiando. No lo hacen todo, ni las mujeres así lo pretenden, pero participan de otra manera. ¿Estamos frente a un modelo nuevo de padre?

*“Hay una gran apertura en las generaciones jóvenes: la mujer estudia tanto como el hombre y reclama trabajar fuera del hogar, lo que hace que compartan roles en una actitud de igualdad, no de competencia”,* explica Hernán Torre Repiso, presidente de la Liga de Amos de Casa. *“Y está muy bien que así sea, debemos ayudarlas tanto como ellas nos ayudaron a los hombres históricamente”,* continúa.

Torre Repiso es ilustrador gráfico y humorista y, a pesar de haber criado a sus hijos cuando todavía no existían los pañales descartables, siempre compartió las responsabilidades con su esposa.

*“Por mi profesión pude estar una buena parte del día en casa, antes de entrar al diario por la tarde”,* comenta. *“A los hijos los soñamos juntos, quisimos traerlos al mundo”,* enfatiza. *“Mi participación tiene entonces que ver con los afectos: elegí hacerme cargo de ellos tanto como mi mujer”,* agrega.





## Crisis de por medio

No todos lo hicieron por elección. La crisis de 2000 catapultó a muchos fuera de sus trabajos, y dificultó el camino para encontrar otro. *“Entonces el hombre tomó conciencia de que las cosas de la casa no son privativas de la mujer, y descubrió todo lo que allí ocurría a diario mientras él trabajaba: hay que cocinar, poner el lavarropas, ocuparse de los chicos, abrirle la puerta al cartero...”*, dice Torre Repiso. *“Primero se sintió herido en su masculinidad pero, poco a poco, se fue dando cuenta de que es una tarea que puede compartir, y valora la tarea que hacía la mujer en la casa”*, señala.

A la Liga de Amos de Casa se acercaron hombres recién estrenados en su nuevo rol. A ellos, preocupados por su pérdida de masculinidad, los fundadores de la liga les mostraron la otra cara de la moneda: esa que no habla de pérdida sino de ganancia, todo eso que se lleva quien comparte desde el principio la vida de los hijos. *“A darse cuenta de lo fundamental que es la presencia del padre en la vida familiar, a compartir cosas mínimas y deshacerse de la idea de que el papel del padre está fuera de la casa”*, señala Torre Repiso, convencido.

## Hombres en liga

La Liga de Amos de Casa surgió en plena crisis a partir de la inquietud de muchos hombres desocupados que necesitaban un espacio de contención. Como para muchos el quedar desocupados fue un golpe duro, querían intentar comprender qué les estaba pasando y buscar alternativas no sólo a nivel laboral, sino también con respecto a las actividades que podían hacer en sus casas.

## Papá por dos

Después de más de cuatro años de encargarse de sus hijas Rosario (6) y Pilar (4) mientras su mujer Marina trabaja, **Alejo Jaacks** (37) no se cambiaría por nadie. *“Disfruto estar más cerca de ellas, entender mejor su mundo, sus códigos, sus tiempos, estar cuando rezan a la mañana en el colegio, conocer los nombres de sus amiguitas...”*, dice orgulloso. Es que desde que en 2002, la empresa de computación en la que trabajaba full time bajó la persiana, Alejo no encontró mejor alternativa que ponerse por su cuenta. Hoy, desde una oficina instalada en su casa, se dedica a proveer servicio técnico y de mantenimiento de computadoras a empresas y particulares, y a la compra-venta de máquinas usadas. Esto le da la libertad de manejar sus horarios.



Como su mujer trabaja todos los días en el centro porteño con horario completo, y es raro que vuelva a casa antes de las 19:30, a Alejo le toca lo que en la mayoría de los hogares sigue haciendo la mujer: despierta a las chicas, las cambia y les da el desayuno a la mañana - *“la primera vez que les hice una colita en el pelo, me dio mucha impresión”*-, las lleva y trae del colegio, va a reuniones de padres, las busca de los cumpleaños, compra los regalitos, los útiles que necesiten, les da de almorzar, las baña a la noche, y se encarga de que en la heladera no falte nada. Siempre relojeado por Marina, que a su trabajo de secretaria de gerencia le agrega el estar pendiente de lo que pasa en casa, a varios kilómetros de su oficina.

Mientras hace de papá modelo, Alejo debe seguir trabajando y cumplir con sus clientes. Y ahí viene una de las complicaciones. *“Me cuesta separar de mi cabeza el trabajo y la familia, me pongo muy impaciente cuando ellas quieren algo que en ese momento no les puedo dar”*. Las trabas para Alejo no fueron sólo de organización de tiempos. *“Soy un clásico y cambiar el modelo tradicional no es fácil, nunca me imaginé hacerlo de esta manera”*, reconoce. *“Me costó años estar con las chicas en San Isidro dando vueltas un miércoles por la tarde, y sin culpas, sentía que no estaba cumpliendo”*, cuenta. *“Hoy disfruto mucho lo que hago por ellas, y me costaría volver al ritmo anterior”*, admite.

## Tiempo compartido

A Diego Ballatore (36), su hijo Luciano, de dos años y medio, lo tiene muerto. Puede hacer una detalladísima radiografía de los hábitos, personalidad y gustos de su hijo sin dudar ni un minuto de lo que está diciendo. Y lo hace con una gran e inevitable sonrisa: de su hijo podría hablar durante horas sin cansarse.

Diego es un papá modelo 2006. De esos que no miran desde afuera cómo se pone un pañal, sino que lo cambian ellos mismos. Que lleva y trae a su hijo del jardín, lo lleva a la plaza y juega con él, lo baña, participa compenetradísimo de la estrategia de eliminación del chupete y, aunque se reconozca mal cocinero, muchas veces le prepara la comida. *"Si tiene hambre, come lo que venga"*, asegura.

Él y Carla -que es docente de inglés y tiene horarios más pautados- lo tienen todo organizado y se las arreglan para coordinarse bien. Cuando uno debe trabajar afuera, el otro se queda, y viceversa. Es que Diego tiene un trabajo que muchos querrían y que le da margen para organizar sus horarios: vende pintura de fábrica a pinturerías. De mañana visita a sus clientes, y de tarde realiza los pedidos, cosa que puede hacer conectado a Internet desde su casa, o en la oficina. *"Muchas veces pasa que cuando estoy encerrado con los pedidos, Luciano quiere entrar"*, cuenta. Tras varios *"Papiiito"* de voz aguda, Diego debe irse a un locutorio para terminar su trabajo. Sin embargo, a Diego le encanta estar con su hijo. *"En cambio, no me acuerdo de mi papá compartiéndome conmigo de esta manera"*, dice por lo bajo. *"Yo soy un privilegiado: poder estar con él es un gusto y lo disfruto muchísimo"*, comenta. ■



### Yo, papá

Por Guillermo Pellegrino\*

Ser padre y trabajar en la casa no es para cualquiera. A pesar de que en el imaginario de la mayoría de la gente -agobiada por jefes cascarrabias, tránsitos de hora pico y horarios cada vez más extensos que postergan la llegada al momento en que los párpados de sus hijos pesan 3 kilos y medio- la combinación represente un estado cercano al ideal. *"¡Qué bueno que no tenés que lidiar con internas, que podés disfrutar más a tus hijos, que manejas tu tiempo!"*, son algunos de los dichos más frecuentes. Ninguno, sin embargo, hace referencia al malabarismo, el que muchos padres que compartimos el trabajo con la crianza de nuestros hijos debemos practicar. Dos escenas, para mí habituales, pueden dar una idea más clara del tema.

1) **Nota telefónica agendada** para determinada hora y llanto de la beba pidiendo la mami. Hay que rebuscársela: el hombro izquierdo, entrenado, presiona el tubo contra boca y oreja, la mano de ese brazo da la "memé" y el derecho sostiene a la niña. Para estas circunstancias, claro, siempre tengo un juego nuevo en la manga, con el que logro que mi hija de tres años esté entretenida al menos por ese rato.

2) **Fecha de cierre** que se vino encima y hay que terminar sí o sí el artículo. No debe descartarse ninguna parte del cuerpo. Mientras los dedos de ambas manos se mueven a buen ritmo por el teclado, el pie derecho menea el cochecito que apunta hacia la TV, donde unos de los muy buenos videos didácticos que hay hoy en día capta la atención de la beba. La mayor, en tanto, dibuja en el

piso, escucha música (hay que tener claro cuál en cada momento; algunas verdaderamente bajan las revoluciones) o, en esos casos, juega conmigo a que también es periodista, y se divierte presionando, no sin esfuerzo, las teclas de una vieja Olivetti que hay en casa. Todo esto, claro está, matizado con continuos cambios de pañales, en los que a esta altura soy un experto. A veces me río solo pensando en la alejada composición de lugar que pueden llegar a hacer algunos de los *entrepreneurs* que me ha tocado entrevistar para una revista de economía y negocios. Si durante la entrevista no hubo ningún llanto o grito "intempestivo", seguramente lejos estará de imaginar esos escenarios antes descriptos y menos mi vestimenta (short y ojotas), acorde con el lugar donde vivo, rodeado de árboles y a media cuadra de la playa.

Con un amigo que es fotógrafo *free lance* y vive una situación parecida a la mía, bromeamos con que vamos a hacer un libro sobre este tema cada vez más común en la sociedad actual. *"Entre biberones y pañales"*, el título ya lo tenemos.

Es verdad que, quizás, esta forma de trabajo haga que uno "se quede" un poco en lo profesional. Pero no me arrepiento: no cambio por nada del mundo el tener un continuo contacto con mis hijas en esta etapa.

\*El autor es periodista y escritor. Trabaja para medios de Uruguay y de Latinoamérica. Es autor de "Cantares del Alma. Biografía de Alfredo Zitarrosa" (Planeta, 1999) y "Las cuerdas vivas de América" (Sudamericana, 2002). Vive en El Pinar, a 30 kilómetros de Montevideo.